

EUSEBIA

SIULAS

Llegó el día en el que ya no quedó ninguno de mis antecesores siendo necesario lo que las buenas gentes de la localidad cercana a mi ciudad, llaman “levantar la casa” para derribar la antigua mansión solariega y construir otra más acorde con los tiempos, siguiendo el dictado de los miembros jóvenes de la familia.

Con intención de vaciarlo, abrí un magnífico armario de cedro del Líbano, al que recordaba muy bien por haber escuchado, repetidas veces, lo valioso que era; solamente sabía que había permanecido largo tiempo en la propiedad familiar, sin que nadie precisara la fecha exacta. Realizando dicha labor, nada fácil ni rápida, puesto que albergó a tres generaciones, con los correspondientes enseres domésticos que cada habitante había ido reuniendo a lo largo de los años.

Súbitamente, rememoré que, cuando era niña, me posicionaba delante de él, cerraba los ojos e imaginaba que estaba en el taller del artesano, contemplando cómo, le daba “vida”. Aspiraba con fruición el dulzón olor de la madera y, al concluirlo, me mostraba complacido el concienzudo trabajo realizado: dos idénticos paisajes finamente grabados en ambas puertas, a los que no les faltaba detalle alguno: cedros, muchachas retozando con los pies metidos en el riachuelo, algunas nubes... Al salir de mi ensoñación, al momento, mi vista se dirigía hacia la parte baja en la que había grabada una inscripción en árabe que me intrigaba: **Yubayl** de la que ni yo, ni nadie de mi entorno conocía su significado y, también, había otra más pequeña que, sin duda alguna, era un nombre propio.

Albergaba en sus entrañas un completo y elegante ajuar; al fondo, cuidadosamente dobladas, cobijaba unas sábanas primorosa y profusamente bordadas en tejido de seda; parecía que cuando fueron depositadas allí, la persona que lo efectuó deseó que no fueran vistas y sentí la sensación intrínseca que sobreviene siempre que cualquier obra de arte, objeto tangible, etc. despierta poderosamente mi interés y, por ende, una sana curiosidad de intentar saber más a través del tacto, provocándome un efecto que tan bien conozco: comienza con un cosquilleo en las palmas de las manos que se prolonga a los dedos; en esta ocasión como era realizable y no tenía cortapisa, sin más dilación me dispuse a palpar con mimo la excelente calidad de las mismas, a la par que a disfrutar de su suavidad.

No había duda de que habían sido guardadas con sumo cuidado, dado el excelente estado en el que se hallaban, así pues, las extendí para poder disfrutar mejor del exquisito trabajo que intuía e inmediatamente, una gran sorpresa se apoderó de mi, al divisar los grandes caracteres góticos que mostraba el bordado: **EUSEBIA**, nombre propio que nunca había oído mencionar, puesto que uno de mis pasatiempos favoritos cuando era adolescente, consistía en memorizar los nombres propios de las féminas que me habían precedido y este nunca había sido referido por ningún miembro de mi familia, por lo que mi ya nombrada curiosidad, me incitó a investigar por qué no había vestigio alguno de su propietaria,

única persona que no constaba en los cuadernos cuidadosamente actualizados, sucesivamente, por las personas encargadas, a través de los años, de tal menester coincidiendo que, actualmente, yo misma era la que los custodiaba y renovaba .

Cuando estaba madurando mis dos afanes, sucedió algo inesperado: la casualidad ¿o causalidad? me llevó a descubrir el primero: una persona conocedora del idioma me reveló la susodicha inscripción del armario: BIBLOS, sin saber que, sorprendentemente, enlazaría con el segundo, es decir, el nombre propio.

Puesta, someramente, al corriente de su etimología e historia -el nombre que se atribuye a la ciudad proviene de una Biblia que se descubrió escrita en un papiro- más tarde, amplíe conocimientos de su pasado, incrementado interés y fascinación a partes iguales, asimismo, se instaló en mi mente un gran deseo de comprobar “in situ” todo lo que había aprendido, concluyendo que dedicaría mis próximas vacaciones estivales a viajar hacia ese destino atrayente que, seguramente, calmaría esa pertinaz curiosidad que me tenía algo desazonada.

Arribé a Beirut. Una vez en la ciudad, resultó fácil contratar un viaje turístico para llegar a BIBLOS ciudad que al pasear por sus calles, invita a descubrir, cómodamente, el pasado que atesora además de advertir la amalgama que la aúna con el presente conducente al discernimiento de la enorme importancia que tuvo en la antigüedad.

Contraté un guía local y a la par que caminábamos también charlábamos; así pues, relaté el motivo de mi visita propiciado por un armario en el que había dos apelativos diferentes interesándome, en principio, por el de la ciudad debido al desconocimiento que tenía de ella, entendiendo que el otro –como ya he indicado- era el del artífice y ¡otra vez! “me sonrió la fortuna”. Pertenece a una afamada familia de ebanistas, que prolongaban el mantenimiento y el prestigio de muchos años laborando en el remozado taller recibido en herencia. Lo siguiente, fue sencillo: me encaminó hacia allí, me reuní con algunos de sus miembros y lo que escuché por boca de aquellos amables lugareños ¡era parte de la vida de Eusebia!

A grandes rasgos, es lo siguiente:

Era usual que a las señoritas de familias pudientes, les concertaran matrimonio sin solicitar su opinión y así le sucedió a ella. De nada sirvió su rechazo. Cada día se sentía más triste e incómoda con el futuro que le esperaba, pero, impensablemente, salió a la palestra una singular protectora y aliada que alentó e indujo su rebeldía: ¡su abuela!; sus consejos fueron útiles para la metamorfosis que la condujo a ser “adelantada a su tiempo”. Dejó atrás una vida cómoda y, con un sucinto equipaje, emigró a otro país

para comenzar una nueva vida, en principio, al lado de una amiga con la que mantenía una relación epistolar que le brindó hospitalidad.

El conocimiento del idioma Francés, Música, bordado y todo lo que una joven de su tiempo precisaba para su formación, le ayudaron a conseguir trabajo de aya. Disponía, cada día, de horas libres, para asistir al aprendizaje de la lengua autóctona. También, una vez a la semana, iba a un centro cultural en el que se congregaban personas de diferentes nacionalidades. Escuchaba música, bailaba e intercambiaba opiniones... y sin pretenderlo, charlando con un joven libanés, discreto, educado, que estaba estudiando en la Universidad, con el que frecuentemente coincidía, empezaron a compartir parte de su tiempo emprendiendo un periplo por los museos locales, asistiendo a representaciones teatrales, conciertos... en fin, compartiendo todas aquellas manifestaciones artísticas que les unían. Como era evidente que empatizaban, este sentimiento fue básico para desarrollar una relación más intensa que fructificó en un feliz matrimonio. Dos años después, el esposo finalizó Arquitectura y como tenía previsto desde el comienzo de sus estudios, se mudaron y establecieron en su país: Líbano donde le esperaba un importante trabajo en las obras de restauración de las arcaicas ruinas de la ciudad de BIBLOS, declarada Patrimonio de la Humanidad en el año 1984.

Esta es, resumida, la historia real de una mujer valiente que, el ¿destino? con la inesperada y valiosa ayuda de las personas libanesas a las que visité, conseguí, de vuelta a mi país, completarla consultando la documentación existente en el Archivo Municipal.